

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA



AÑO XII

BARCELONA 7 DE FEBRERO DE 1901

NUM. 5330

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻

EL LENGUAJE DE LOS OJOS



—Escúchame y no te asombres
lector: con este mirar,

he conquistado más hombres
que arenas tiene la mar.

Crónicas al carbón



N la prensa de París he leído una protesta que, franca é ingenuamente lo digo, me regocija.

La protesta es contra los duelos, *contra la muerte á mano armada.*

—¿Quieren ustedes evitar ese asesinato consentido hasta cierto punto? Hay un medio.

—Sí que lo hay. Estoy conforme con los periódicos franceses.

—¿De manera que puede acabarse con esa estúpida costumbre?

—Hoy sí.

—¿Cómo?

—Fácilmente se consigue: que la prensa no *tolere*, como *toleran* las autoridades, el desafío. Que no diga la prensa: «Se habla de un lance pendiente...» «A consecuencia de tal y cual, los señores Fulano y Zutano han tenido que confiar á los señores X. y Z. el arreglo de la cuestión..» «Se habla de un asunto delicado en que han

de intervenir los amigos del barón Regis y del diputado Noxo.» «Se agrava el lance anunciado entre los señores P. y Q. Lo sentimos, porque estas cosas, entre caballeros...»

—Bueno, ¿y qué? Todo eso es novelería .. novela por entregas, y de las malas, quiere decirse, puesto que todas aquí son malas, de las peores.

—Si no hubiera más que esa primera parte, sí; la segunda es mala, como ya indicó el gran Cervantes... y mala de verdad.

—¡Hombre, por Dios! Los desafíos que anuncia la prensa acaban casi siempre en... en cualquier fonda

—¡Eh, amigo! No es ésa la segunda parte á que yo me refiero. ¡Claro! Aunque sólo sea obedeciendo al instinto de conservación, ahora que estamos á muchas leguas de distancia de la Edad Media (aparentemente por lo menos), se procura arreglar las diferencias surgidas entre dos caballeros, que empiezan por faltar, nó á las reglas de la caballería andante y moliente, sinó á las más simples reglas de educación, y que acaban conformándose con lo que arreglan los amigos ó dándose de cintarazos, si no cruzan dos balas al aire para espantar á los pajarillos.

—Hay casos en que uno de los contendientes cae herido ó muerto.

— Ahí te quiero, escopeta. Es caso, y hablo en singular, de los más tristes, sí; pero también de los menos corrientes. La proporción de medio por cien. O sea: de cada cien no hay un muerto; y, á lo sumo, podemos contar con un herido, y no grave. La proporción, por tanto, es justa.

Como esto que acaba de exponerse no tiene refutación posible, resulta claro que los duelos no alcanzarían hoy la cifra que alcanzan si se pusieran decididamente en contra:

1.º La prensa.

2.º Las autoridades.

Y si invertimos los términos, como los debiéramos invertir, aunque,



—Si alguno de ustedes fuera á suicidarse, y me presentara yo mirándole así... ¿Se suicidaría?

BELLAS ARTES



—¿Me habrá visto?

La Saeta

desgraciadamente, en la fastidiosa práctica resulta inútil:

1.º Las autoridades.

2.º La prensa.

Si las autoridades quisieran, acabaría la *tolerancia*. No habría más que aplicar el Código, aun tratándose de tentativas, de... de... delitos frustrados. Pero, ¡ya se ve! ¿Cómo me arreglan ustedes el caso en que el diputado H.. desafíe al general X..., y los padrinos sean personas, socialmente, de las llamadas de *orden* y respetabilidad? ¿en un país donde Don Quijote anda por los campos arremetiéndole, lanza en ristre, á carneros y batanes? ¿en un país donde el Cid Campeador se casa con la hija de quien abofeteó á su padre, después de cortarle la mano? Y pongo todo esto, nó en su sentido moral, muy alto, muy noble, sinó en sentido de violencia, que es el que despierta ilusión en las muchedumbres.

El duelo está terminantemente prohibido por la ley, y aun en tiempos que, no como ahora, convenían al modo de ser, á las costumbres, determinando lo que hoy llamaríamos ante el Congreso un *estado social*, motivó una de las más célebres pragmáticas.

Yo he *soñado*, no quiero decir que lo he visto, que en cierta ocasión un general gobernador á un hombre civil le mandaba dos *amigos*: el hombre civil (que no era cobarde), repuso: «—Diga usted á ese caballero que en España hay leyes.» «—¡Eso es una evasiva!» «—Tanto, que ustedes, padrinos, según la antigua nomenclatura, testigos, según la moderna, necesitan dos testigos más.»

Y oprimiendo un timbre, á los que comparecieron: —El general me hace el obsequio de considerarse ofendido por unas apreciaciones mías. ¿No es cierto, señores?

—Cierto, sí, que está ofendido,—respondieron.

—Pues ustedes son testigos de esta doble afirmación que yo elevaré como denuncia al fiscal de S. M.

Y dirigiéndose á los contrarios:

—Pueden ustedes decir á su apadrinado que está servido.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Digo que el Gobernador de la plaza debe dimitir su cargo y pedir la licencia absoluta antes de retarme, aunque verdaderamente le hubiera yo injuriado, y digo que si dimitte, concertaremos un punto en la frontera donde podamos determinar quién tiene razón, ó quién tiene puños.

El militar no dimitió. El civil no se querelló, por acordarse de que esto ocurría en las Batuecas.

Es, pues, la prensa, en primer término, quien tiene que dar al traste con la estúpida preocupación de los duelos. ¿Cómo? De dos maneras. Una: guardando silencio. Otra: explotando la nota de lo ridículo.

¿No se ejercita á veces en la prensa la conspiración del silencio? Pues en este caso con verdadero motivo.

Si los periódicos se callan, no se batirán muchos de los que andan por ahí vanagloriándose de tener un lance, cuando debían ocultarlo por temor de que judicialmente se le buscasen las cosquillas. Si hablan los periódicos, deben hacerlo burlándose de los desafíos.

La prensa por su representación, por su cometido, está á cubierto de los golpes que pretendan asestarle los defensores de esa mogiganga estúpida.

Y vaya más lejos: si la prensa se uniese (y debería unirse, dentro y fuera de España) ejercitaría la acción popular ante los Tribunales contra los duelos.

Y entonces... ¡cuántos *honrados caballeros* irían á presidio!

CLAUDIO UGENA.



—No me sienta mal el traje de luces...



—Pues ¿y el mantón de Manila?

ÍNTIMA

CÓMO fué su caída, lo ignoro. Cuando quiso endulzar el hastío de mi cansancio con una historia, nunca nueva, sellé sus labios con un beso, y fijando mi mirada en el abismo azul de su pupila, la impuse silencio con un poderoso esfuerzo de mi voluntad, enérgicamente imperativa; me bastaba verla, punzaba mi corazón el mecánico sonsonete con que se disponía á contarme la historia de siempre...

¡Qué hermosa estaba! Indolentemente reclinada sobre mi pecho su cabecita rubia como las espigas tostadas por el sol de Andalucía, dejándome ver á través de una piel transparente como la gasa sus venillas azules, violentamente agitadas por la pasión, aquella mujer constituía el sueño de toda mi vida, y el éxtasis en que su vista me adormecía halagaba mis sentidos con voluptuosidad más honda mil veces que la caricia primera con que el amor besa las mejillas del adolescente...

Ebrio por el vino, saturado de orgía, espoleado por satiriacos deseos, la voz de la bestialidad callaba asustada replegándose al último rincón de mi alma, el recuerdo de la escena de algunos minutos antes enrojecía mis mejillas, y os aseguro que no temblaban más mis manos cuando por primera vez aprisionaron las de una mujer que lo que temblaba todo mi cuerpo al sentir el contacto que se esforzaba en ser voluptuoso, de aquella figurilla débil, de aquel pedazo de carne ruin que se esforzaba inútilmente por contener un espíritu gigante...

Y al fin triunfé: cuando poco á poco fuí alejando mi cuerpo del suyo, cuando su mirada tornóse de lúbrica en curiosa, cuando por toda conversación dejé escapar un suspiro involuntario nacido de lo más profundo de mi ser, los picarescos ojos, brillantes momentos antes por el delirio del placer, amortiguaron su brillo con una nube de pesar, y una lágrima tembló en sus pestañas manchando al fin la azucena de sus mejillas.

Triste pasión de brutales sentimientos; aun hasta aquel día no había hallado quién le concediera la facultad del sentir; automática del placer, hasta aquel instante no había aprendido el «más allá» del amor, habiendo sentido otros corazones latir sobre el suyo con el estoicismo con que escucha el esclavo batir el martillo que forma sus cadenas.

Y al verse por vez primera elevada á la categoría de persona, al sentirse redimida por un amor no expresado por palabra, merced á un resto de ridículo temor á los convencionalismos sociales, aquella virgen del espíritu, aquella hasta entonces esclava de la carne, gozó como yo de voluptuosidades nunca sentidas, y uniendo su espíritu al mío, en el estrecho abrazo con que se unen los que se ahogan á la tabla salvadora, cubrió púdicamente sus mal veladas formas, y radiante de placer estrechóme por un momento entre sus brazos para darme tangible prueba de la vehemencia de su goce en aquella nuestra cópula psíquica, que había también vencido en mí á los pasajeros espasmos de la carne, y que aun abrasa mi corazón con su recuerdo.

LUIS FOLACHE.

¡SILENCIO!

Siento latir el corazón inquieto,
y aunque el silencio mi pesar encona,
tú no lo sabes, no, guardo el secreto
como guarda sus hijos la leona.
Y no quiero decirte que te adoro,
porque sé que mi amor es un tesoro,
y en mis entrañas el temor lo encierra
oculto como el oro
en los senos profundos de la tierra;
y acaso me amarías
cuando mi amor á conocer llegaras,
y en las nupciales aras
mis besos con tus besos pagarías.
¡Quién sabe del destino los arcanos!
Quizás por ocultarte mi cariño,
es la felicidad entre mis manos
como un juguete que se entrega á un niño.

**

En cada corazón, ¡oh amor fecundo!,
siembras el germen de un pequeño mundo;
almas que, siendo dos, fúndense en una,
pensamientos que unidos siempre vuelan
en pos de la desgracia ó la fortuna,
carga pesada de agradable peso,
poema que comienza con un beso
y acaba en una cuna.
Cuando mis amarguras me desvelan
y abro los ojos en la oscura sombra,

creo escuchar tu voz, alma del alma,
tu dulce voz que con amor me nombra
interrumpiendo la nocturna calma.
¡Cómo entonces vacilo, cómo dudo,
y quiero hablarte cariñoso y tierno
para mostrar mi corazón desnudo
y mi bendito amor, mi amor eterno!
Y ¡quién sabe! Quizá el divino cielo
que en tus amores sueña el alma mía,
bajo el amargo peso del recelo,
un infierno, mujer, se tornaría.
Acaso nuestro amor desencantado
sus blancas alas, puras, hundiría
en el mar sin orillas del pecado.

**

¡Silencio, corazón; sufre callado!
¿Sabes tú si al callar ganas ó pierdes,
si desprecias, siguiendo tu camino,
las secas ramas ó las hojas verdes
del árbol misterioso del destino?

**

¿Por qué cuando te veo tiemblo y dudo?
¡Ah! No vacilaré: callado, mudo,
ocultaré mi amor y mis tormentos,
y cruzaré del mundo los abrojos
llevando siempre mis cansados ojos
fijos sobre mis tristes pensamientos.

JOSÉ DURBÁN.



LA POESÍA DEL OCIO

La Saeta

JUAN MADROÑO

I

ALEGRE y con el gozo pintado en el rostro trigüeño, volvía Juan Madroño de la visita hecha á los padres de su novia. Ya era suya. Los viejos no habían vacilado en darle su hija por compañera, y el muchacho, alegre como unas Pascuas, iba al pueblo desde la casa de campo, morada de aquéllos, dispuesto á levantar el gran tumulto dando el notición en él. No sabía por dónde empezar: por sus amigos ó por sus parientes. A éstos correspondía por derecho propio el ser los primeros en enterarse de su próxima boda; pero sus amigos, era indudable que iban á hacer pasar un buen rato cuando se enterasen. Al fin se decidió por los parientes.

Mas, en cuanto cumplió con ellos, corrió á la taberna, en la que suponía estarían reunidos sus amigos.

Entró en ella; se hallaba casi vacía: solamente en un rincón, sentados ante una mesa, había cuatro hombres. Uno de éstos, Juanillo «el Serrano», se ocupaba en contar los tantos de una partida al *rentoi*, recién acabada.

Juan Madroño, al verle, recordó que era rival suyo: había pretendido, sin fruto, á su ya prometida, y como después él fué favorecido por la muchacha, no le miraba de buena manera.

Tenia «el Serrano» en el pueblo fama de bravo: probó más de una vez que sabía *jugar la navaja* como un maestro; los mozos le mimaban, le aguantaban, le atendían por temor. A Juan Madroño se le puso la boca como el acíbar al verle. No le temía; pero comprendió, sin embargo, que si decía lo que le había llevado á aquel sitio, iba á haber una disputa. El carácter, la fama y el encono de Juanillo «el Serrano» obligarían á éste á no callarse al oír á Madroño su noticia. Este, paso á paso, se acercó á la mesa donde jugaban, soludó, y, encarándose con su rival, le dijo:

—Quisiera hablarte.

—¿A mí?—dijo el valiente, dignándose mirarle de reojo.

—Sí, á ti; pero á solas, —repuso Madroño con calma.

—Muy importante será lo que tienes que decirme. Estos son amigos, habla.

—No puede ser: te he dicho que tiene que ser á solas.

—Señores,—dijo Juanillo, dirigiéndose á sus compañeros de juego,—dispensad: voy á oír lo que me tiene que decir éste.

Se levantó y salió de la taberna. Juan Madroño salió tras él, y, cuando estuvieron en la calle, dijo aquél: —Vamos á ver: ¿qué es eso?

—Mira, «Serrano»: te conozco, sé que lo que te voy á decir no te va á gustar, y antes de que hubieras dado algún grito ahí dentro, he preferido que, si por lo que te diré te enojas, sea sin que nadie te escuche: por eso te he sacado á la calle,—dijo Juan Madroño, muy sosegado, sin oírsele apenas.

—Bueno; pero sepamos: ¿qué es ello?



DESEMBARCO DE NAPOLEÓN EN LAS COSTAS DE NORUEGA

La Saeta

—Esto: dentro de veinte días me caso...

—Pues... ¡felicidades!—dijo indiferente el matón.

—Sí; me caso con... María Reyes.

—¿La que me dijo á mí que nones?

—La misma.

—Pues... ¿sabes lo que te digo? ¡Que mientras mis piernas me dejen andar por el mundo, no se casa nadie con María Reyes! La Rosa Ramos estuvo para casarse con Paquillo Pinto, y yo no tuve más que decirle á él un recadito al oído para deshacer la boda; y todo ¿por qué?... ¡Porque Rosilla fué novia mía y me dejó!—deletreó más que dijo Juan «el Serrano», sintiendo que por sus venas corría hierro fundido en lugar de sangre.

Madroño, sin hacer caso de la ira de su enemigo, sin parar mientes en las amenazas, le regaló los oídos con estas palabras:

—Yo no soy Paco Pinto; yo, «Serrano», no te temo. Me casaré con María Reyes, la que te despreció, la que no quiso por novio un traga-hombres; con ésa me voy al altar, y si para impedirlo tienes que quitar de la tierra un hombre, lo dices; si ese hombre soy yo, esta noche te espero en el camino de Aracena, junto á la Cruz... Allí tendré el gusto de darte qué hacer un rato. ¡Ea, adiós, hasta la noche, á las nueve!

Y Juan Madroño echó á andar despacio, dejando á su contrincante con la cara como la cera y el alma como la mora.

II

Cuando Juan Madroño llegó á la Cruz del camino de Aracena, distinguió al «Serrano» sentado en las escaleras del pedestal, mirando al cielo. «El Serrano» no vió á su enemigo hasta que le tuvo á dos pasos de distancia. Se levantó entonces y le dijo: —¡Creí que habías tenido miedo! ¡Han dado ya las nueve, y como no venías..!

Madroño, sin hacer caso de este nuevo insulto, dijo sencillamente: —Ya estoy aquí:

—¡Ya estamos!—contestó Juanillo «el Serrano», quitándose la chaqueta y doblándola sobre el brazo izquierdo á manera de escudo.

El prometido de María Reyes hizo lo mismo, y sacando cada cual su navaja cacereña, se colocaron en disposición de acometerse. Al momento lo hicieron. Saltos de jaguar daba el matón, tirando puñaladas con rapidez increíble: una de ellas rajó la chaqueta de Juan Madroño. Este se defendía, sin moverse casi, deteniendo y parando los golpes, bravo y sereno. No se prolongó mucho la lucha. Al hacer una parada falsa, quedó enterrada en el pecho de «el Serrano» la navaja de Juan Madroño. Cayó aquél de frente, hincando la cara en el polvo del camino. El vencedor dió cuatro ó cinco pasos atrás y miró un momento el cuerpo inerte de su rival; después cerró la navaja y emprendió el camino del pueblo, diciendo:

—A Paco Pinto se lo dijiste tú al oído; á ti te lo he dicho yo en el corazón: es lo mismo. Dentro de veinte días harán diez y nueve que te enterraron, por haber querido impedir que me case con María Reyes.

EMILIO GAZTAMBE.



—He de cerrar los ojos, pues la gente dice, que cuando fija al cielo miro, el sol no luce claro y refulgente.



—Esta tarde viene el marquesito. Hay que ensayar una mirada que concluya de alelarle

¿Qué ojillos? ¡Ojazos!

Novela corta por J. F. LUJÁN

IV

Seguramente habría doblado la esquina Lucino con vertiginosa diligencia, tal era el alborozo de su alma y tal el impulso que este regocijo imprimía en sus nervios, á no tener reja la casa de Inesilla. Las rejas que se ven en las calles señalan una de las más sutiles astucias del demonio, porque, resguardando aparentemente con barrotes y hierros la fama quebradiza de la mujer, permítenle desplegar sobre seguro todas sus artes de tentación. Evitárase Lucino la de detenerse y volver el rostro siendo yo ministro de Obras públicas en la época de este relato, aunque es muy posible también que quitando con la ocasión el peligro, no hubieran tenido los lectores novela ni yo facilidades para urdirlo. Después de todo, el buscar remedios contra el enemigo que se ceba en la carne, es como pretender convertir el continente en mar y el mar en continente, echando cubos de agua en tierra firme.

Ello es que Lucino salvó de prisa el espacio de la reja, pero no supo defenderse en su manobra, y refrenó la marcha al oír un ruido discreto y una tosecilla más discreta aún. Volvió la cara, como dije, y tras la cara los pasos, y, ya enfrente de la gentil y apuesta criatura que le estaba mareando con sus ojos, murmuró:

—¿A qué hora apaga usted esos dos fanales?

—Se conoce que le hacen á usted cosquillas.

—Tanto, que daría ahora mismito un pedazo de eternidad por poderlos apagar yo.

—Y ¿cómo iba á ser eso?

—Así.

Lucino inclinó el busto, metió los labios entre los barrotes é hizo ademán de ponerlos sobre los párpados de la doncella. El ósculo atrevido se perdió en el aire.

—Esa virtud tiene que comunicársela á usted el cura,—replicó Inés.

—¡Pero si en este momento no hay nadie en la sacristía!

—Bueno, otra cosa: ¿dónde va usted con tantas ganas de escaparse?

—¿No ha visto usted que su madre me ha prestado el paraguas?

—Eso no quiere decir que tenga usted que *dirse*. Se lo ha prestado para que no le remoje la lluvia.

—¿Es que usted siente de veras no tenerme á su lado?

Inesilla vaciló un punto; la menguada luz del farolillo próximo pudo dar fe, reflejando en su faz, que se coloreaba de púrpura, y en seguida, desfalleciendo su voz, ingenua, dulce, temblorosamente, repuso:

—Sí.

—¿Sí? ¿Ha dicho usted que sí? ¡Jesús! ¿Ha sido usted ó han sido todos los ángeles de Dios con todas sus armonías celestes? ¿Conque sí? ¡Pero no ve usted que voy á volverme loco!... ¿Conque sí? A ver, repítalo usted. ¿Usted me ama?

Ahora fué Inesilla quien pegó todo su cuerpo á la reja, y con adorable resolución dijo:

—Sí.

—¿Que sí? ¿Otra vez que sí? Déjeme usted que la palpe, deje usted que me palpe yo, para convencerme de que no estoy durmiendo y soñando, y de que no es usted una imagen engañosa de los sentidos mareados por el opio.

Y en su frenético arrebató, pasó las manos por las mejillas de la tierna criatura, por sus hombros, por su pecho. Al pronto Ine-



¿A que te parecen bellos, aun mirándolos así, mis despeinados cabellos?

silla no opuso resistencia; pero recobrándose al sentir el empuje del santo pudor herido, rechazó la mano tentadora y levantó, con un soberano pellizco, roncha en el brazo del galán.

—¡Toma, para que te conste que no sueñas!— agregó con dulce candidez.

Después, irreflexivamente, nerviosa, hablando á tropezones, pero con viveza, agregó:

—Cierto, sí, que te amo... Tú dirás ¡qué loca es esta chiquilla!... Yo creo, como tú, que no estoy en mi cabal juicio... ¿Verdad que debiera haberte contestado «á mí qué me cuenta el hombre, vaya usted á freir buñuelos»? Pues, sí, te amo: yo te explicaré... yo te explicaré...

Volvió recelosa la cabeza para explorar en la sombra de la habitación: habló luego medrosamente, con acento tímido, como si se confesara consigo misma, revelando en alta voz aquel terrible secreto que lo mismo que ascua encendida le abrasaba en lo más profundo de su ser:

—No he empezado á quererte ahora, esta noche. Hace mucho tiempo, mucho, que estás vivito aquí... no sé dónde... aquí... en la entraña. Yo bien quería echarte, pero tú, nada... empeñado en que te tuviera aquí, presente... siempre aquí en mi pensar... Y para que veas lo que son rarezas de este mundo: yo bien me decía: «Pero si no es para ti... ¡Tonta, si él ni siquiera sabe que estás en el mundo!» Y otras veces, al pasar tú, con una alegría de que no puedo darte idea, «¡te ha mirado!»; y en seguida, con una tristeza horrible, glacial: «¡te ha mirado sin verte, como se mira un escaparate vistoso en las tiendas de la Explanada, menos aún, como se mira un guardacantón...»

—Pues te juro...—interrumpió Lucino.

Inesilla extendió el brazo, cortándole la palabra.

—No jures,—dijo;—calla y escucha.

Conmovido el hombre, se puso grave y recibió con verdadera unción aquella confianza de un alma virgen.

—Nó, tú no me habías mirado jamás de otra manera; te habré parecido bonita, pero, ¡ay, qué me importaba á mí eso! Yo decía, si una vez al pasar me dice que soy guapa, le odiaré, porque lo dirá por decirlo, y tantas veces me han regalado ese piropo, que ya me aburre. Deseo que se fije en mí y que no me diga que le parezco hermosa, ni tampoco que me quiere. Pienso que si me llama fea me echaré á reír... Yo no debiera decirte esto... no sé cómo estoy hablándote lo que te hablo...



—¡Me quiere...! ¡No me quiere!...



—Es fatal el mirar de las mujeres si en el invierno miran á cualquiera.

—Sí, sí; continúa...
—No soy yo, no soy yo... Olvida que te he dicho que te amo... ¡vetel!

Inesilla cerró de golpe las ventanas de la reja. Lucino, frenético, fuera de sí, gritó:

—¡Inés! ¡Inés! ¡Ojos míos!

Las rompientes no se abrieron, y es posible que el galán se hubiera cansado de seguir cogido á los hierros, y que acabara por recoger el paraguas que rodó por las baldosas, y por seguir su camino en demanda del Club.

Pero estaba decretado por el destino que aquella noche no le birlaran sotas ni caballos los cortos capitales depositados en el bolsillo de su chaleco.

El silencio que reinaba en la calle lo interrumpió el disparo de una pistola. Una bala agujereó el paraguas de zeñá Mariquita y chamuscó los pantalones de Lucino. Este gritó:

—¿Es para mí esa china?

Y al mismo tiempo que formulaba la pregunta, apareció Inés en el portalón, actitud trágica la suya, desesperada, balbuceando:

—¿Te dió? Responde... Sé quién es... ¡Ah, canalla! ¡Ven tú aquí, Silvestre, y me como tus redaños!

(Continuará)

En la Facultad de Medicina. Examen de Patología:

—¿Podría usted decirme cuál es el signo precursor de la muerte en el domicilio del enfermo?

—Perfectamente, señor: la llegada del médico.

UNA SOIRÉE

COSTUMBRES FILIPINAS

ENTRE el postre de piña y el café y tabaco, mi amable anfitrión refirió la siguiente interesante epístola:

«Reverendo Padre Fray Facundo García.—Muy señor mío y distinguido Padre: En conmemoración gloriosa al Santo que lleva mi nombre, y si usted se digna honrar su presencia esta noche en mi casa, habrá, Dios mediante, baile y cena, con música de viento, en celebración solemne. Dios guarde á usted muchos años. Su humilde servidora, capitana Honorata Séneca, viuda del capitán Dalmacio de Austria.—P. D. Si la delicadeza de ese señor español, su compañero, se dignase asistir, será, por consiguiente, honrado de esta servidora.»

—¿Qué tal, qué le parece la epístola?

—Todo un modelo literario; pero, dígame, padre: ¿no serán algo mejores el baile, la cena y la música de viento?

—Cortaditos por el mismo patrón; pues ¿qué se creía usted?

—Pero otra pregunta, padre: ¿cómo se atreven á invitar á un baile á persona revestida de hábito y carácter?...

—¡Ta! ¡Ta! Pero, hombre, no diga usted tonterías. ¡Pues qué! ¿Esto es Europa? ¿No sabe que aquí estamos casi en los antípodas, y porque estamos en los antípodas todo es aquí al revés? Al fraile á veces no se le avisa para un funeral; allá se las arreglan con el coadjutor indio; pero á un baile y á una cena, sí.

—¿De modo que irá usted?

—Sí, hombre, sí; y usted conmigo. Mas no vaya á creerse que un baile aquí es como allá. No, señor; aquí el baile es gimnasia: es ejercicio, ostentación de mangas y bordados, dijes y perendengues, y es pasatiempo formal y hasta grave y serio. Nada de galanteos, arrumacos y carantoñas. El dios Cupido tiene muy poco que hacer en un baile de naturales. Y porque es así y por tener este carácter y temperamento, toman parte en él hasta los viejos setentones, y es claro que por todo esto y otras razones más, nosotros asistimos, sobre todo por su inocencia casi infantil, á esas fiestas domésticas, no todos y siempre, pero sí varios y de vez en cuando.

—Pues si un baile es así todo formalidad y cortesía, si Cupido es un dios cesante en el Archipiélago, deben ser grandes aquí las virtudes femeninas.

—Ya ha dicho usted otra tontería. Aquí no hay Julietas é Isabeles, pero tampoco Susanas. ¡Susanas aquí! Lo que decía en el siglo pasado el padre Concepción: «La sensualidad es como vicio dominante, tan universal en los dos sexos, que abrasa la región con llamas concupiscibles.» No hay amor, pero hay pecado; y así, mientras el concubinato público abunda y el adulterio no escasea, las muchachas se casan generalmente con y con quien sus padres quieren, y en las clases pobres es frecuente la entrega previa de una cantidad á cambio de la hija, que el padre derrocha alegremente entre aguardiente y gallera. La razón de todo esto estará en la condición peculiar de estas gentes, en la escasa cantidad de hombre que habita estos cuerpos endeblés, ó en qué sé yo; ¡vaya usted á averiguar cosas tan hondas!

—Eso, padre: escasez de ser humano.

—Vea usted un caso ocurrido á uno de mis hermanos, que explica la frialdad de estas gentes. Aquí nos casamos en días dados y en grupos de cuatro ó cinco parejas. Pues bien: trastornó un día el sacristán mayor los nombres en la lista que redactó, y cuando terminó la santa ceremonia, «Padre—dijo uno de los casados,—si mi mujer no es Fulana; que es Mengana». «Padre...», dijo el otro, y repitió igual cantinela. «Padre—repitieron las dos muchachas,—si nuestros maridos están cambiados.»

Hablaron esta vez; pero otras, se callan y se van tan tranquilos y viven tan felices. En fin, ya irá usted aprendiendo las cosas del país; y en cuanto á la fiesta de esta noche, ya la verá usted, que ahora es tiempo de dormir una siestecilla.

Y la vi, en efecto, y conmigo la verá el curioso lector.

Desde las primeras horas de la noche, la casa de la capitana Honorata brillaba como un ascua entre las densas sombras del resto del poblado, y era notable el ir y venir de gentes varias por sus alrededores. Un baile dado por persona de alcurnia es siempre acontecimiento ruidoso, y si á la fiesta acuden castilas de categoría, la cosa sube de punto.

¡Con qué aire de superioridad mira á sus hermanos de raza, el indio que ha logrado del español trato y comunicación y la aceptación de sus obsequios y finezas! Es el niño que se

LOS OJOS Y EL TIEMPO



Lo mismo que en la dulce primavera, y declara, lector, la que prefieres.

La Saeta

pavonea al lado de hombre de importancia y poder. Por esto, cuando el carruaje embocó en una calle, vióse desaparecer rápidamente á los que llenaban las ventanas de la casa de la fiesta; la musiquilla cortó en seco una habanera, y distintamente llegó hasta nosotros la voz de alarma: ¡El Padre y el castila! ¡El Padre y el castila!

La recepción fué solemne. Apenas pusimos el pie en el umbral, cuando así como repentino trueno estalló un paso doble que hizo estremecer la casa y el firmamento. En lo alto de la escalera, el gobernadorcillo, y formada en dos hileras la principalía casi en masa.

Algo más adelante, en la especie de antesala que hace á la vez oficios de comedor, la principalía femenina, con buen contingente de capitanas actuales y pretéritas, y á su frente la flamante Honorata; y por fin, en la sala pintarrajeada, inundada por torrentes de luz y docenas de bujías, las ninfas de la fiesta, sentaditas é inmóviles á lo largo de las paredes; y allá, á un lado de la puerta, un grupo de galanes de negra y repeinada cabellera, rostro imberbe y blanca y planchada vestimenta.

La reina del festín, la rumbosa capitana, es un tipo del género. El cabello entrecano, peinado atrás y sujeto á un moño ruin en forma de martillo; ancha boca, ancha nariz y ancha frente, formando un rostro de indefinible color

y aun más indefinible expresión. Sobre el rechoncho cuerpo, lujosa camisa de pintada piña, de cuerpo holgado y descomunales mangas. Un bordado y diminuto pañuelo, doblado en triángulo, cae desde el alto moño por los hombros hasta cruzar sobre el pecho las escasas puntas, y con esto y una nesgada falda de larga cola y anchas rayas verdes y amarillas, un rosario de oro al cuello, perlas y brillantes en los dedos, y en los pies bordada y lentejuelada zapatilla, queda completo el traje y el retrato.

—Bien, capitana; estás hecha un pimpollo, tan elegante y frescachona.

Subió los hombros, abrió la boca y dió con el revés de la mano un restregón á la invisible nariz.

—¿Capaz serás todavía de enamorar á algún capitán y casarte otra vez?

—No sabe, señor.

—Pues si tú no lo sabes, ¿á quién le preguntaré?

—Usted cuidado.

—¿Y tienes hijas?

—Sí, señor; allí están.

—Voy á saludarlas. ¿Cómo se llaman?

—Arcadia y Pelegrina.

(Concluirá.)

QUITOQUIAP.



--Pero, hija, tú lo mismo juegas con un ganso que con un hombre.

—Por eso: porque se parecen tanto, que los confundo.

BELLAS ARTES



EL RECUERDO DEL AUSENTE

EN EL CIRCO

EL público reía y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. La alegría lo electrizaba por entero, llenándolo de un alborozo rayano en primitivo. A una carcajada se sucedía otra, y á ésta un grito que se escapaba pronto y ligero de cien gargantas, para confundirse con una nueva explosión de risa espontánea y ruidosa.

Cada contorsión de los payasos producía más grande alborozo en los espectadores, que no se cansaban de admirar cómo aquellos dos hombres saltaban de manera prodigiosa, caían de alturas verdaderamente espantables y se pegaban sin compasión, ebrios también del entusiasmo que ellos mismos habían causado en el público.

Parecía el circo el patio de una casa de *orates*, en el que multitud de locos, creyéndose cuerdos, reían las gracias de dos desgraciados que en *su concepto* tenían perturbada la razón, y por ello procedían de aquella manera.

Cuando los payasos terminaban un ejercicio, eran llamados con palmadas para que ejecutasen otro nuevo, y más sensacional, á ser posible.

Insistió el público, y los *clowns* se decidieron á hacer el número más peligroso de su repertorio.

Situaron un pequeño trampolín á la entrada de la pista, y primero un hombre, después dos, seguidamente cuatro, seis, hasta ocho, colocados delante del artefacto, que servía á los payasos para darles impulso á sus cuerpos y lanzarse al espacio, fueron saltados con una limpieza admirable.

Pero aquellos saltos resultaban pequeños; el público no se contentaba con tan poca cosa; quería algo más extraordinario.

Sumaron los payasos cuatro hombres más á los ocho que ya habían saltado; subiése uno de los excéntricos sobre las espaldas de uno de los individuos alineados ante el trampolín, y tomando carrera el otro *clown*, saltó, describió con su cuerpo una vuelta en el aire, y fué á caer sobre la espalda del último de los hombres puestos en fila para ser saltados.

Oyóse un crujido, y el hombre cayó en tierra con los huesos de la cadera desarticulados.

Retiróse inmediatamente de la pista al inutilizado, y el público con su silencio evidenció que, el percance, á más de no importarle nada, le daba coraje por dejarlo sin ver un salto tan extraordinario como el que pudo contemplar.

Estuvo un momento callado; al fin rompió en un aplauso y el *clown* probó de nuevo fortuna agregando á la fila dos hombres más.

El segundo salto diólo el payaso con una ligereza pasmosa, terminándolo, al caer en tierra, con otro salto mortal increíble.

Los espectadores, levantándose de sus asientos como empujados por resortes, prorrumpieron en un grito de admiración. Ya no era entusiasmo el que sentían, sino afán, y afán grandísimo, de saltar como había saltado el *clown*. Tamaña ligereza puso en conmoción el sistema nervioso de mil criaturas.

A ser posible, hombres, mujeres y niños, se hubieran lanzado á la pista, y colocándose sus respectivos trajes del revés, á falta de vestidos extravagantes, habrían dicho gracias, dislocándose y dando saltos hasta tocar con sus cuerpos la techumbre del circo.

Aquella cantidad de seres humanos, perdiendo el juicio por las atrocidades de unos payasos, sugirióme la siguiente pregunta:

¿Será un fenómeno de atavismo, esa alegría y entusiasmo candorosos que sentimos ante la contemplación de un hombre que brinca y se retuerce grotescamente?

FRANCISCO ANDRADE.

CAÑITAS

Para salvar á tu madre
sé que han dudado de ti.
¡Y ríes y estás gozosa...!
¡Tú mereces ser feliz!

Espero saldar mi cuenta
en el libro del querer:
las partidas que me faltan
con tu amor las saldaré.

Mira que parece extraño
eso que he notado yo.
Si á elegir dan una cosa,
escogemos lo peor...

Con un apretón de manos
comenzamos nuestro amor.
¡Y qué cosas hemos hecho
por el dichoso apretón!...

La luna contempla siempre
escenas de enamorados:
por eso no es de extrañar
que tenga ese color pálido.

Un cariñito que tuve,
se lo llevó Dios al cielo;
por eso yo no soy malo,
porque al morir quiero verlo...

J. ENRIQUE DOTRES.

F I L Í P I C A

He sabido que ha poco te has casado
con un viejo babieca
que cuenta por los años los millones,
¡y tiene ya sesenta!

Sé que el viejo que ahora es tu marido
quiso poner á prueba
la honradez de que tanto blasonabas,
y, no pudiendo al traste dar con ella,
al fin te hizo su esposa, no pudiendo
hacerte su manceba.

Mas también he sabido, hermosa Laura,
que ahora que ya te encuentras
á salvo de las muchas tentaciones
que tiene por adorno la miseria
si con ella se juntan la hermosura...
y la poca vergüenza,
es cuando das que hablar, y ya me han dicho
que al pobrecito viejo se la pegas
haciendo una traición infame y baja
á un hombre que te entrega,
fiado en tu virtud, un apellido,
y con el apellido la riqueza.

Y nada te disculpa. Tú sabías
cuando fuiste á la iglesia
que era un viejo incapaz de idolatrarte
con la misma vehemencia
con que te quiero yo, pongo por caso,
y sabías también que no se encuentra
con sesenta y dos años ningún hombre

lo mismo que á los treinta...,
¡y, en fin, que te casaste solamente
con los quince millones de pesetas!

Ahora tú, á las mujeres de... otra clase,
las odias y desprecias,
sin figurarte, Laura, ni un momento
que vales menos tú que todas ellas.

Que ellas, al fin y al cabo, han conseguido
el lujo y las riquezas
á costa de su nombre solamente,
que es el único nombre que avergüenzan,
mientras que tú, que tienes por buen medio
lo que sólo es el fin de todas ellas,
manchas de un modo indigno el de un anciano
que fió en tu pureza,
y lo arrojas al lodo, solamente
porque el torpe deseo te encadena.

* *

¿Te has convencido? ¿No? ¡Pues hija mía,
será porque no quieras!

¿Que no eres mala tú? Pues sí, eres mala;
y si quieres, por fin, que te convenza,
cuando se marche el viejo cualquier noche
hazme cualquier señal, abre la puerta
¡y te doy mi palabra más cumplida
de que, como tú quieras,
te he de dejar probado que eres mala,
ó tú me has de probar que eres muy buena!

FEDERICO CANALEJAS.

BELLAS ARTES



ANTES DEL SACRIFICIO

Siempre fiel



—Verás, verás, lector, ¡qué transformada estoy con la cabeza así arreglada!

ADELINA

(CONTINUACIÓN)

—Nada por ahora. No obstante, le recomiendo que se atenga usted siempre á mis instrucciones.

—Es decir, que nada nos separará en la vida.

—No: nada.

—Ahora debemos retirarnos; salga usted por el jardín. La puerta está cerrada sólo con el cerrojo interior.

Luis, con infinitas precauciones, salió del palacio.

El silencio era solemne. En un abrir y cerrar de ojos, atravesó el jardín, abrió la puerta y, una vez fuera, con una decisión y una calma que hubieran causado la mayor admiración, se alejó del palacio.

Hemos visto al joven representar esta escena; sabemos con qué talento y sabemos con qué éxito.

A partir de este día ó, más bien, de esta noche, Adelina no fué ya la misma.

Lo que quedaba de infantil en su carácter desapareció y una tristeza profunda se apoderó de ella.

Su cerebro sobrecitado, engendraba un gran proyecto.

—¿Cómo me he de componer para hablar de Luis á mi padre,—se preguntaba Adelina,—y para conducirlo poco á poco, con buenas razones, á ponerse de acuerdo conmigo? Si le digo que estoy resuelta á casarme con el conde Luis, todo se ha comprometido ó, más bien, todo se pierde; una vez que haya dicho no, imposible el convencerlo. ¡Ah! Lo juzgo bien. Una barra de hierro sería menos inflexible que él.

Pasó la noche sin cerrar los ojos.

A esta noche tan agitada sucedió una mañana más tranquila.

Adelina era una de esas jóvenes que no recobran su corazón cuando le han dado una vez, y, desgraciadamente para ella, había ya dado el suyo.

Por segunda vez el padre preguntó á su hija por qué rehusaba la mano del vizconde, á lo que respondió ella sin titubear:

—Porque amo al conde Luis.

Desolado al oír esta confesión, cuyas terribles consecuencias se hallaba muy lejos de prever, el marqués abrió inmediatamente información acerca del brillante gentilhombre que su hija pretendía darle por yerno. Los informes llovieron y eran deplorables.

El marqués tuvo muy luego en sus manos abundantísimas pruebas de que el conde, no solamente estaba arruinado, sino que era jugador, libertino, y se hallaba acosado de deudas, y que

dividía en dos partes su vida, consagrandolo una á los salones aristocráticos y otra á malas compañías, tanto de hombres como de mujeres.

El marqués dijo á su hija, de estas cosas, las que una joven puede oír, y le declaró que, á la verdad, no pretendía absolutamente obligarla á ser vizcondesa; pero que jamás, consintiéndolo él, sería la mujer de Luis; y para cortar el mal de raíz, dejó de presentarla en sociedad desde aquel día.

La joven no respondió nada.

Conocía el carácter rígido, absoluto y dominante de su padre; conocía que no cedería nunca.

Pero sabía también que su resolución propia era no menos inquebrantable que la del anciano.

Se prometía, pues, asimismo amar al conde, tanto más cuanto más odiosamente se le calumniase, y se juraba no tener otro marido, cualquiera que fuere el resultado de esta determinación.

II

Pasaron dos años y medio.

Adelina vivía en calma, resignada aparentemente.

Risueña en ocasiones, en la soledad del hotel.

Una sola visita iba casi diariamente á procurar alguna distracción á la monótona existencia del padre y de la hija.

Era el vizconde de Amarante.

El marqués lo recibió con verdadero placer.

(Continuará.)

F. OLTRA Y DALMÁU.



—Crea usted, señorita, que tengo una verdadera satisfacción en transmitirle estas flores blancas, con que me obsesó ayer la planchadora de la esquina..., símbolo de pureza.

—Le felicito á usted, porque en su viaje de circunnavegación ha podido ver dos mundos. Tendrá usted emociones vivísimas.

—Ha tenido usted el talento de reproducírmelas, marquesa.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Han muerto dos distinguidos escritores. Don Pablo Faced, conocido en España con el pseudónimo de Quiopiqui, y Manuel Paso.

Lloramos sinceramente la pérdida de estos compañeros.

No tenemos tiempo en este número, dadas las exigencias de ajuste, sino para felicitar con toda nuestra alma al insigne Pérez Galdós por su triunfo en la obra «Electra». Galdós ha respondido á su historia y á las esperanzas de la juventud. ¡Honor al maestro!

DOLORS DE MUELAS. Jamás los sufre quien usa á diario el antiséptico más agradable, el único dentífrico higiénico *Licor del Polo de Orive*. 6 rs. para dos meses.

Como modelo de esposos
nos pintan á San José;
¡hasta el nombre me borrara
si me pareciese á él!...

Estaba don Ruperto haciendo gestos delante de un espejo, cuando fué sorprendido por un amigo en esta actitud.

—¿Qué haces?—le dijo.

—Es extraño lo que me pasa: por más que hago, no puedo verme en el espejo con los ojos cerrados.

Correspondencia

por CLAK

Peters.—¿Qué me cuenta usted, querido? ¿Conque quiere usted *onrar* con sus *bersos* las columnas de este periódico? Dese usted antes siquiera una vueltecita por la Academia Española, á ver si los doctos señores tienen una *h* de sobra y algún instrumento para limar el palo de la *b* hasta convertirla en *v*.

G. N. O.—Ni con pinzas... ¡uf, qué cochino!

F. S. B.—Siento en el alma no poderle complacer. Ese señor ha hecho la recomendación con todo el interés posible. Es flojilla; pruebe, si quiere, algo más, y procure evitar las incorrecciones.

Sagittas.—No lo extrañe: no contestamos anónimos, y á veces ni los leemos. Van todos al lugar que merecen.

T. M. A.—Inserto su pastoral, que dice así:

•Los montes á los montes se suceden;
la luz se debilita
y en tanto el pastor marchita
en busca de las gachas que se cuecen. •

Únicamente á un pastor que *marchita* en tonto se le puede ocurrir andar como un loco en busca de unas miserables gachas, á través de los montes que se *sucedan*. Pero ¿usted no cree que las encontrará más que cocidas, tostadas, y más que tostadas hechas tizón? ¡Y más con ese *marchitar* que usted le cuelga, que debe ser un *marchar marchito* capaz de aburrir al más convencido melenudo!

Solfa.—No es floja la que usted merece; pero con una buena vara de fresno y sobre las espaldas.

R. G.—Se publicará.

EL AGUA DE COLONIA de Orive se vende en las Farmacias y Perfumerías en frascos de 3 á 26 reales. Por litros, con envase, 8'50 pesetas 2 litros; 4 litros, 16 pesetas á domicilio pidiéndola á su autor: Bilbao.

A. M. de G.—Hace usted bien en autorizarme para suprimir lo que me parezca de su «poema lírico». Yo lo agradezco, y, amparándome de tan galante autorización, ¿qué hago? Voy... y lo suprimo todo.

P. T. J.—

•Tiene el mar en sus orillas
los más bonitos espejos
para que vayan los viejos
á lucir las pantorrillas •

¡Guasón! ¡Cínico! Y, vamos á ver: si tiene usted facilidad para eso, ¿por qué la emplea en decir disparates?


V. L. del P.—Y yo le aconsejo que empiece por las de tercera ó cuarta clase. No le puedo servir.

R.—*Sig-Sig.*—D. C.—T. del O.—*Aristides.*—*Coptero.*—A. G. N.—No es posible.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

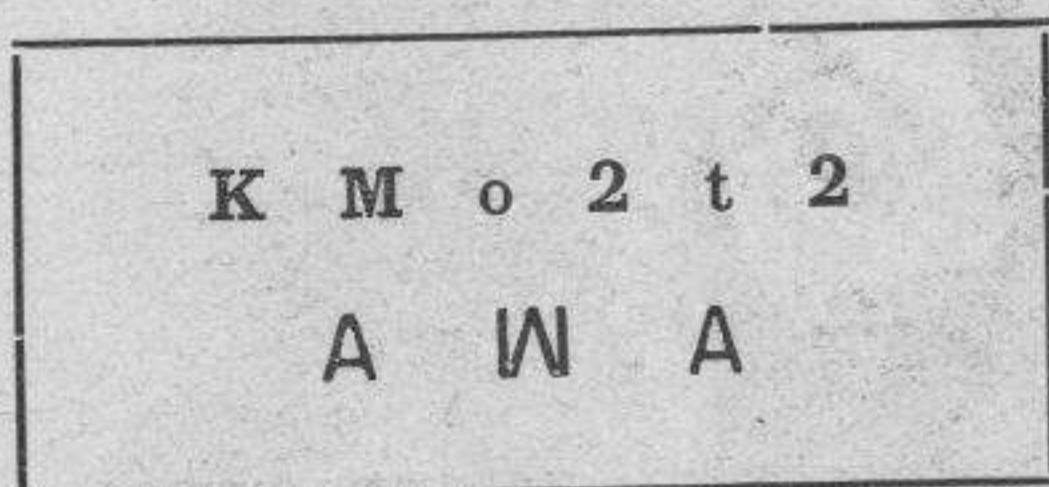
PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charada

Escribiré una *dos prima*
hablando del *cuarta tercia*,
¡ya verás qué *dos* con *cuatro*
tan pronto como la leas!
Os hablaré de la *todo*
que se *tres cuarta* ligera,
unas veces en las flores
y otras en donde convenga,
y ya verás como así...
tengo la charada hecha.

MORENO.

Jeroglífico comprimido



ERNESTO CATRAL.

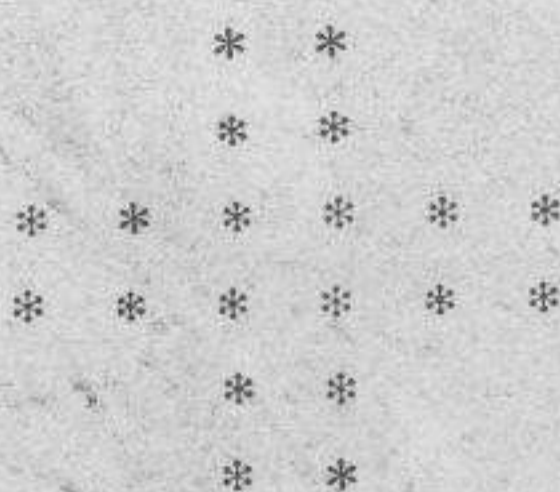
Fuga de sílabas

Pa * que * ten * se * hom *
lo * de * ser * gio * ,
hi * Dios * mis * cie *
á * mu * es * ño * .

Do * .

EMILIO ZURQUEJA.

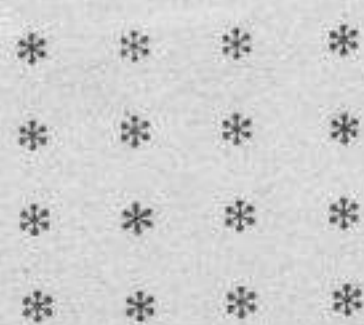
Cruz latina



Substituir las estrellitas por letras, de modo que puedan leerse dos nombres de mujer.

ANTONIO CAÑERO.

Cuadrado



Substituir las estrellitas por letras, de forma que pueda leerse, ya sea vertical ya horizontalmente, lo siguiente: 1.^a, animal; 2.^a, verbo; 3.^a, igual á cero; y 4.^a, verbo.

ANITA BIAL.

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8 Político español.
- 4 7 8 3-5 7 8 Apellido.
- 6 2 4 7 8 2 Nombre de mujer.
- 8 5 6 7 8 Nombre de un drama.
- 6 5 2 3 Apellido.
- 4 2 6 Caudal de agua.
- 8 2 Negación.
- 5 Vocal.

M. CERVERA MENGUIJON.

Soluciones á lo insertado en el núm. 532

CHARADA.—Camarote.

CUADRADO:

M A N O
A L A R
N A D A
O R A R

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Tos ferina.

ROMBO:

B
M A R
M A R I A
M A R C O L A
B A R C E L O N A
R I O L A G O
A L O G A
A N O
A

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Trastornada.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

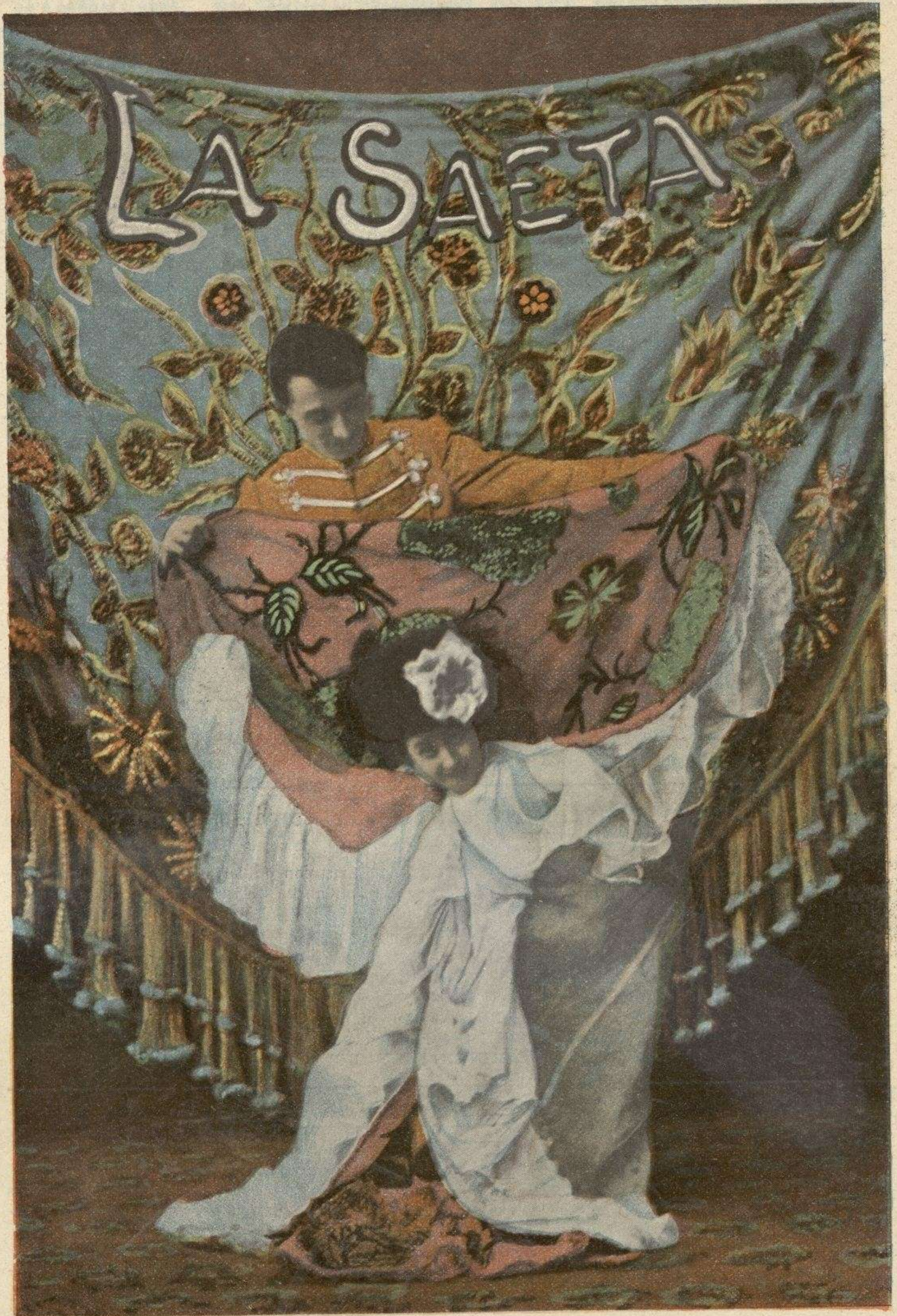
- España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
- Año. 11 ,
- Extranjero y Ultramar, un año. 17 ,

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 céntos.

Núm. 534

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, **4 pesetas**.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.

ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.

LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.

CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.

VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.

LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.

ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª

EL TENORIO DE BELCHICHE.

ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.

LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.

LA HIJA DE LA MUERTA.

EL MÁRTIR DE SU CULPA.

CORAZÓN DE MADRE.

LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.

ABANDONADA EN EL MUNDO.

CALVARIO DE AMOR.

MAL PADRE Y BUENA HIJA.

CORAZÓN EN LA MANO.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.

EL PERDÓN DEL MARINO.

LÁGRIMAS DE HIELO.

EL REY DE IMERECIA.

EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.

ANDRAJOS Y DIAMANTES.

ENRIQUETA.

UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.

LA CRUZ DEL MONTE.

EQUIVOCACIÓN FATAL.

MUJER Y ÁNGEL.

FLORES DEL ALMA. (2.ª parté de «Mujer y ángel».)

EL RECUERDO DE GLORIA.

EL SUEÑO DEL ARTISTA.

POBREZA Y VIRTUD.

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 fd.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 fd.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 fd.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 fd.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 fd.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 fd.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAIS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA Roc.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

EL PALUDISMO, por A. GIL Y MORTE, catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: **Una peseta**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86**.
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3**.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.